

Por Manuel Barbeitos

MB: En una de las presentaciones de tu último libro (*La Crítica agotada. Claves para un cambio de civilización*, 2022, Madrid, Siglo XXI) declarabas que mientras la triple crisis –ecológica, política y social –se agudiza, la contestación social decae y aumenta el sentimiento de impotencia para enderezar la situación hacia horizontes más saludables para la mayoría. Dar respuesta al porqué de esa paradoja es uno de los objetivos de tu último libro ¿no es así?

JMN: Efectivamente creo que ese cambio prometedor parecía más plausible a principios de los 70 que ahora y he visto cómo se fue disipando. El hecho de que llevemos tanto tiempo sin que los esfuerzos militantes en este sentido logren su propósito, me recordó el mito de Sísifo, que ilustra la portada del libro, el mito de un rey castigado por los dioses a subir una gran roca a lo alto de una montaña para que una vez arriba la piedra se le escape y caiga de nuevo hacia abajo, y así una y otra vez por toda la eternidad. Además, considero que el mito de Sísifo aporta una metáfora más reveladora para describir el objeto de reflexión de este libro que aquella otra que enfrentaría las olas de protesta y reivindicación a una ciudadela de poder cada vez mejor defendida, ya que esta última asume la concepción bélica de la política que a mi juicio figura entre las causas de los infructuosos empeños. Cuando además considero que el poder, lejos de estar en una ciudadela, abarca todo el cuerpo social en forma de redes y relaciones, no solo de clase, sino también clientelares, patriarcales, raciales... y de dependencia económica y disciplinaria diversa, que se solapan entre sí para mantener la consabida «servidumbre voluntaria» que muda y se reacomoda a los cambios, al igual que ocurre con las elites, dando pie al actual *impasse* socio-político. Con lo cual el libro reclama una reflexión más madura que trascienda las teodiceas usuales del cambio social e invite a revisar conjuntamente los discursos, las metas y los medios. Así, el libro reflexiona primero sobre el panorama reiterativo que ha venido enfrentando a las movilizaciones sociales más solidarias y bienintencionadas con una especie de *impasse* socio-político que viene impidiendo su triunfo y haciendo que el entusiasmo se agote y las metas se recorten. Luego analiza las causas de que esto ocurra y, finalmente, las perspectivas para trascender ese *impasse* socio-político.

MB: Señalas como causa principal el abrazar, tanto por parte de las derechas como de las izquierdas, tanto los que mandan como los que obedecen, ciertos “no conceptos”. ¿Puedes explicarnos esto?

JMN: Hemos de tener en cuenta que el pensamiento es fundamentalmente verbal (a lo que no tiene nombre no se le presta atención). Y que las visiones del mundo apoyadas en los lenguajes constituyen entidades en buena medida cerradas, en el sentido de que admiten y priorizan determinadas percepciones, pensamientos y comportamientos, a la vez que implícitamente soslayan o excluyen otros. De ahí que la ideología dominante asociada al lenguaje ilumine e incluso cuantifique cosas, pero siempre a costa de soslayar otras. Y de ahí que en situaciones críticas que devalúen su función apologética

del *statu quo*, predomine su función encubridora, que oculta y niega posibles alternativas.

Por eso la primera parte del libro tras describir el panorama político, social, económico y ecológico actual para saber dónde estamos, analiza el mundo de esos conceptos deshilachados o difusos que podríamos calificar de “no-conceptos”, ya que sobrevuelan el mundo real con el agravante de que se les atribuye una realidad que no tienen. Entramos así en mundo de los mitos y las metáforas, que pueblan la retórica política, económica y ecológica, que la gente asume sin darse cuenta. Y son estas metáforas y mitos sobre los que se asienta la ideología dominante los que generan las instituciones y los comportamientos que mantienen el *statu quo*.

Pero el libro no solo muestra la opacidad, lo ambiguo y lo vacío de estos no-conceptos y de dónde surgen y los “puntos ciegos” que generan, sino que además muestra cómo hay que trascenderlos para que emerja con toda su potencia el genuino pensamiento crítico. Como indico en el prólogo creo que “solo pensando fuera de los márgenes delimitados por el sentido común hoy dominante, podremos construir un paradigma civilizatorio que emancipe a los seres humanos y devuelva la dignidad a la naturaleza”. Pues cabe advertir que el paradigma sociocultural dominante no es, ni puede ser, un sistema conceptual completamente cerrado. Que el posible cambio sociocultural depende precisamente de la ambigüedad de sus categorías básicas que suelen estar pobladas de no-conceptos. Ya que precisamente esta ambigüedad es la que ofrece brechas por las que el pensamiento crítico puede hacer palanca para socavar la hegemonía del paradigma sociocultural dominante y conseguir que emerjan otras visiones del mundo.

MB: Entre los “no-conceptos” destacas la *metáfora absoluta de la producción* que conlleva a idolatrar el crecimiento de las “fuerzas productivas” como base de un determinismo histórico que apuntaría inequívocamente hacia el progreso pero que, en realidad, ha contribuido a alimentar el enfrentamiento entre economía y ecología. ¿Puedes explicarnos esto? ¿por qué ese enfrentamiento?

JMN: Efectivamente, entre estos “no-conceptos” que forman parte de la ideología dominante ocupa, como dices, un lugar prioritario la *metáfora absoluta de la producción*. Aclaro que en metaforología se denomina una *metáfora absoluta* aquella que arroja juicios de valor sobre cuestiones relevantes sin contar con respaldo lógico ni empírico alguno y que la gente asume sin darse cuenta. Como expongo largo y tendido en mi libro *La economía en evolución* (4ª ed. actualizada, Siglo XXI, 2015), la economía surgió en el siglo XVIII como disciplina independiente de la moral y del poder, al proponer por primera vez algo que se suponía de interés para todo el mundo: “acrecentar la *producción* de riquezas renacientes sin menoscabo de los bienes fondo”. Riquezas renacientes —hoy diríamos renovables— que se presuponían asociadas a la capacidad creadora de la Madre-Tierra, en un tiempo en el que imperaba una visión organicista del mundo que presuponía que además de las cosechas, los bosques o la pesca, también crecían y se perfeccionaban los minerales en el seno de la Tierra e

incluso que los continentes dilataban sus límites. Y junto a esta noción de *producción* surgió idea de acrecentarla.

Recordemos que con anterioridad no se pensaba que la especie humana fuera capaz de *producir* nada, considerando —como señaló entre otros Montesquieu— que la economía se ocupaba de la *adquisición* de riqueza y por lo tanto estaba vinculada a la moral y al poder. Pues desde Aristóteles... hasta Copérnico se venía señalando que “la Tierra concibe por el Sol dando a luz todos los años” sus cosechas siendo por lo tanto la madre de las riquezas: se plantaba un grano y surgía una espiga con muchos granos y al superar el resultado a lo invertido en la plantación daba lugar a la vez a un “producto neto físico” y a un “valor añadido” monetario. Así estos autores calificaron de *productivas* las actividades asociadas a la capacidad creadora de la Madre-Tierra de esas “riquezas renacientes”, pero subrayaban que producir no era para nada revender con beneficio, lo que los comerciantes podían lograr de muchas maneras consideradas socialmente poco recomendables. Y al calor de la moderna ciencia experimental se pensó que la especie humana podía intervenir de forma desacralizada para aumentar esas *producciones* de la Madre-Tierra. Los autores franceses de la época hoy llamado “fisiócratas”, que hacían experiencias en sus fincas, llegaron a formalizar así por primera vez en torno a esa idea de *producción* (y al afán de acrecentarla) el cometido de la moderna ciencia económica.

Pero, tras desplomarse a finales del siglo XVIII y principios del XIX la cosmología arcaica que había impregnado de racionalidad a las nociones de *producción* y *crecimiento* (de dicha *producción*), éstas siguieron gozando de buena salud al cortar el cordón umbilical que unía originariamente la noción de *sistema económico* al mundo físico y trasladarlo al universo autosuficiente de los valores monetarios, en el que ha seguido imperando *la metáfora absoluta de la producción* y el objetivo del *crecimiento* de la misma, como piezas claves de la ideología económica dominante. Así, en contra de lo que postulaban los autores franceses del siglo XVIII, *producir* acabó siendo simplemente *revender con beneficio*, pues el invento del **PIB**, que da visos de realidad a *la metáfora de la producción*, es el mero resultado de restar al valor monetario en venta de determinados “bienes y servicios”, el valor de lo gastado en su obtención. Lo cual permite, por ejemplo, hablar de *producción* de oro o de petróleo cuando hoy se sabe que se trata de meras *extracciones* de ciertos stocks singulares que alberga la corteza terrestre, ya que hoy se tiene conciencia de que ni los minerales crecen y se perfeccionan en el seno de la tierra, ni la Tierra dilata sus límites. De esta manera se vio con buenos ojos cualquier aumento de la *producción* de “bienes y servicios” permitiendo que por definición la metáfora de la *producción* (de valor monetario) infundiera indiscriminadamente al lucro un significado utilitario, a la vez que se corría un tupido velo sobre los daños ecológicos y sociales generados en el proceso. Por último, la elaboración de las Contabilidades Nacionales otorgó realidad monetaria a la idea de *sistema económico* con la metáfora de la *producción* y la idolatría del *crecimiento* (de la *producción*) a la cabeza. Y la axiomática que subyace a la idea usual de *sistema económico* que registran las Contabilidades Nacionales extendió el reduccionismo monetario de los flujos de *producción*, de *consumo* e *inversión*, a las ideas imperantes de *riqueza* y *patrimonio*, al suponerlas también todas ellas expresables en dinero haciendo abstracción de la variada naturaleza física, cultural...o financiera de sus componentes.

Paralelamente a la *economía* surgió un poco más tardíamente la *ecología*, que el insigne ecólogo Ramón Margalef ha definido como una *biología de sistemas*. A diferencia de la *economía*, que razona con su noción de *sistema económico* en el universo aislado de los valores monetarios, la *ecología* es una disciplina que usa el conocimiento y los sistemas de razonamiento de todas las ciencias naturales para reflexionar sobre el funcionamiento integrado de los *ecosistemas*. El divorcio entre *economía* y *ecología* parte de la diferencia entre el *oikos* sobre el que cada una de ellas reflexiona. Mientras que la *economía* centra sus reflexiones en el universo aislado de los valores monetarios, razonando con una idea de *sistema económico* compuesto por los ingresos y gastos de sus “agentes económicos” (personas, empresas...o Estados), la *ecología* centra su atención en el metabolismo de los *ecosistemas*, en los que conviven y se nutren los organismos muy diversos que componen la *biosfera* a las distintas escalas y niveles de agregación. Y está claro que se puede aumentar ese saldo de valor monetario que es el **PIB** acosta de causar severos daños ecológicos y sociales que el enfoque económico ordinario no registra.

El hecho de que impere el reduccionismo monetario de la economía estándar explica el enfrentamiento entre economía y ecología, en consonancia con el dualismo cartesiano y los enfoques parcelarios propios de la modernidad que han venido separando y enfrentando *especie humana* y *naturaleza* como si de conjuntos disjuntos se trataran. Y el reduccionismo monetario de la idea usual de *sistema económico* soslaya el «deterioro ambiental» que generan los procesos habituales de extracción, elaboración y uso de los recursos planetarios. Así, el llamado «medio ambiente» viene siendo el vacío analítico que deja inestudiado el enfoque económico ordinario, al circunscribir su razonamiento al universo de los valores monetarios. Y cuando la red analítica de la economía estándar deja un medio ambiente inestudiado hay dos formas de abordarlo: 1) estirando la vara de medir del dinero para atrapar objetos de ese «medio ambiente» y llevarlos al redil del análisis usual coste-beneficio; y 2) recurriendo a otras disciplinas que toman como objeto de estudio habitual ese «medio ambiente» del enfoque económico corriente. Estas dos formas de tratarlo son las que utilizan, respectivamente, por un lado, la llamada *economía ambiental* o *verde* y, por otro, la *economía ecológica*. El enfoque *ecointegrador* que vengo proponiendo desde hace tiempo busca conectar ambas aproximaciones primando la integración del conocimiento para unir la reflexión monetaria con la física y la institucional. Pero esta puesta en común está lejos de producirse: a la torre de Babel de las especialidades científicas se añade, así, la habitual incomunicación entre *economía ambiental* y *economía ecológica*, permaneciendo la primera más al servicio de los poderes políticos y económicos establecidos, y la segunda más asociada al movimiento ecologista y a las corrientes sociales más críticas del *statu quo*. Se suele ignorar que una gestión razonable exige romper con este artificial conflicto, para emprender una puesta en común que fusione *economía* y *ecología*. Pues hemos de recordar que la especie humana forma parte de la biosfera y que esa biología de sistemas que es la *ecología* debe incluir a la especie humana, con sus convenciones culturales e institucionales de la propiedad y el dinero de las que se ocupa la *economía* ordinaria, convenciones que, como es sabido, orientan y

condicionan las formas de gestión y comportamiento. Cuando la incidencia humana, que interactúa con territorios y ecosistemas desde épocas inmemoriales es tan relevante que ha llegado hasta a modificar el clima, deberíamos romper el divorcio entre *economía* y *ecología* hablando de *ecosistemas agrarios, industriales...* o *urbanos*, para preocuparnos por su adaptación e incidencia local y global que es la que de verdad habría que estudiar y reorientar.

MB: En relación al citado cambio de paradigma que tu propones, que se podría llamar "paradigma ecointegrador" -que busca desplazar el actual antropocentrismo por un nuevo geocentrismo- hablas de una integración en un triple sentido. ¿Puedes desarrollarlo brevemente?

JMN: Efectivamente, considero que podríamos llamar al nuevo paradigma sociocultural emergente *paradigma ecointegrador* porque propugna la integración en un triple sentido. En primer lugar, la integración del conocimiento, para trascender el actual predominio de los enfoques sectoriales y parcelarios y, sobre todo, frente al sonado divorcio entre *economía* y *ecología*. En segundo lugar, la integración especie humana y naturaleza frente al tradicional enfrentamiento entre ambas, recordando que es la simbiosis, y no el enfrentamiento, la clave del enriquecimiento de la vida en la Tierra, lo cual induce a desplazar el actual antropocentrismo hacia un nuevo geocentrismo. Y en tercer lugar integrando individuo y sociedad, lo que implica una reconstrucción profunda de identidades y la recreación de la propia idea de sociedad civil para generar un tejido social más cohesionado, frente al enfrentamiento y la polarización social que desata el individualismo mezquino e insolidario que espolea la actual pugna por la riqueza y el poder. Y advierto que las dimensiones que supone la adopción del *enfoque ecointegrador* trascienden del campo de lo económico. Pues la revolución científica que se produciría en el campo de la economía al superar la noción usual de «el» *sistema económico* para razonar sobre una *economía de sistemas* y al trascender la *idolatría del PIB* para establecer, como propongo, una *taxonomía del lucro*, entraña cambios de conciencia mucho más amplios que implican a otras ramas del conocimiento y del pensamiento.

En la parte final del libro advierto que para que el nuevo *paradigma ecointegrador* progrese, además de ser *inclusivo* y *generalmente atractivo*, tiene que aclarar con interpretaciones sólidamente consensuadas de dónde venimos, dónde estamos, hacia dónde vamos y hacia dónde queremos y podemos ir. Un verdadero cambio civilización ha de apoyarse en una interpretación común de la evolución humana que permita relativizar y replantear las añejas ideas sobre las que hoy reposa el *statu quo* mental e institucional. Y, como el paradigma sociocultural imperante se ha globalizado, el nuevo tendrá que globalizarse también, pero ser, a la vez, lo suficientemente flexible para albergar, e incluso promover, la más amplia diversidad de culturas, opiniones o formulaciones parciales entre aquellos que lo suscriban.

Subrayemos por último que, en el caso del conflicto de paradigmas que nos ocupa, no se trata de sustituir un reduccionismo por otro, sino de erosionar la hegemonía del antiguo con una visión más amplia que lo trasciende y relativiza. El mayor potencial analítico y predictivo del que ha venido dando muestras el *enfoque ecointegrador* —que se

ejemplifica en el libro— unido a su carácter abierto, transdisciplinar, multidimensional y a la mayor amplitud de su objeto de estudio, deberían potenciar también su naturaleza inclusiva, frente a los dogmatismos reduccionistas al uso.